

EL MODELO DEL MAESTRO EN *EL PERIQUILLO*
SARNIENTO DE FERNÁNDEZ DE LIZARDI

Mariela Insúa
GRISO-Universidad de Navarra

La obra de José Joaquín Fernández de Lizardi (Ciudad de México, 1776-1827) posee una función que unifica todas sus producciones ya sean periodísticas o literarias: la de promover la educación del pueblo. Para el Pensador Mexicano, la formación de las clases bajas era el único medio efectivo de evitar la decadencia moral y los abusos de poder. Asimismo, a través de una enseñanza esmerada se conseguiría formar a modélicos ciudadanos para el Estado naciente. En efecto, el proyecto de una nación libre sería inconcebible sin hombres y mujeres educados. Pero Lizardi no se queda exclusivamente en la teoría y aporta ideas prácticas para mejorar el sistema educativo novohispano. En este sentido, sus preocupaciones enfatizan dos aspectos básicos del proceso formativo de los niños: la necesidad de instruir mejor a los maestros y la consideración del importante rol de los padres en la educación de los hijos.

Con relación a este último punto, Fernández de Lizardi se aleja de las propuestas del modelo educativo rousseauiano que otorgaba mayor importancia al papel del ayo que al de los padres. Por ello, como indica Yáñez, los personajes de las novelas lizardianas se forman (o se deforman) en relación con el contexto familiar y social. No estamos ante seres «hipotéticos» como el Emilio o la Sofía de Rousseau, que son separados de su núcleo por un maestro ideal para educarlos alejados de cualquier estímulo que pueda perturbarlos. Por el contrario, la obra del mexicano nos muestra a personajes construi-

Publicado en: *Textos sin fronteras. Literatura y sociedad, II*, ed. Hala Awaad y Mariela Insúa, Pamplona, Universidad de Navarra (Ediciones digitales del GRISO), 2010, pp. 83-102.

dos con pautas realistas, a los que su entorno influye para bien o para mal¹. Con esto, el Pensador intenta demostrar cómo el medio participa de modo muy activo en la formación del carácter de los individuos y cómo es necesario instruir a las distintas instancias sociales — empezando por la familia— para conseguir que México se poblara de hombres y mujeres de bien. En sus obras abundan los personajes que caen en desgracia a causa de una educación nefasta. Así, por ejemplo, en el *Unipersonal del arcabuceado* (1822), el protagonista —que está a punto de cumplir condena por haber cometido dos homicidios— culpa directamente a sus padres de su triste suerte: en la niñez sembraron las semillas de su desgracia, por no haberle enseñado entonces a dominar sus impulsos y a dirigir sus acciones hacia el bien:

Sí, moriré..., ¡ay de mí!
 moriré..., ¡oh, idea ingrata!,
 porque mis crueles padres
 así en mi corta edad lo decretaran.
 Ellos, ¡los infelices!,
 son los que ahora me matan,
 por no haber arreglado
 mis pasiones allá desde la infancia².

Las propuestas educativas y pedagógicas lizardianas se difundieron fundamentalmente a través de sus escritos periodísticos. A este respecto destaca el conjunto de artículos publicados en *El Pensador Mexicano* de marzo a abril de 1814 con el título de «Proyecto fácil y utilísimo a nuestra sociedad»³, en los que el autor expone las bases de una reforma general de la sociedad mediante la educación. El proyecto lizardiano propone comenzar con la consolidación de una educación básica de la plebe que erradique los males acarreados por una formación deficiente, que hasta ese momento había estado a cargo de la administración colonial y del clero. Para ello insta a que se aumente el número de escuelas de primeras letras, que se promueva la enseñanza popular gratuita, pero sobre todo que se prepare a los maestros, porque abundan los necios en el gremio:

¹ Yáñez, 1992, p. XXXVII.

² Fernández de Lizardi, *Unipersonal del arcabuceado*, en *Obras II*, p. 267, vv. 14-21.

³ Fernández de Lizardi, «Proyecto fácil y utilísimo a nuestra sociedad», *El Pensador Mexicano*, tomo III, núms. 7-9, en *Obras III*, pp. 419-437.

Las escuelas que hay, si he de decir la verdad, se dividen en dos clases: unas regentadas por maestros instruidos y a propósito, y otras dirigidas por unos pobres ignorantes, a cuyo destino los condujo su miseria y la consideración de que para nada son útiles porque nada saben y, por desgracia, lo menos que saben son las obligaciones de los ayos de la juventud⁴.

Esta serie de artículos también contempla varias observaciones acerca de la enseñanza doméstica, relacionadas con los distintos aspectos que han de tener en cuenta los padres a la hora de educar a sus hijos, como por ejemplo: criar a los niños en contacto con la naturaleza, no llevarlos demasiado pequeños a la escuela, enseñarles tempranamente a respetar límites, no propiciar el excesivo regalo, etc.

Todos estos aspectos abordados en artículos periodísticos estuvieron también presentes en la producción novelística lizardiana, especialmente en *El Periquillo Samiento* (1816), *La Quijotita y su prima* (1818-1819) y *Don Catrín de la Fachenda* (1832), obras que, como bien plantea Yáñez, podrían haber llevado el rousseauniano subtítulo de *o la educación*⁵. En las novelas del Pensador lo didáctico prima por sobre lo artístico y todos los recursos se ponen al servicio de la claridad expositiva y la ejemplificación. Por ello es posible considerar, sobre todo al *Periquillo* y a la *Quijotita*, como novelas de función pedagógica que ofrecen una trama ficcional en la que se insertan largas digresiones morales y pedagógicas y se recogen extensas citas de tratados de educación con el fin de que los lectores (padres y maestros) pudieran instruirse en la materia educativa y resolver dudas prácticas acerca de la crianza de los hijos⁶.

Si bien resulta claro que Lizardi incorpora a sus novelas gran cantidad de postulados provenientes de la pedagogía de ámbito francés —Rousseau (al que critica, pero del que toma algunas ideas), Fénelon, Blanchard y Ballexerd—, las influencias en esta materia no provienen exclusivamente de textos educativos. De este modo, se ha de

⁴ Fernández de Lizardi, «Proyecto fácil y utilísimo a nuestra sociedad», *El Pensador Mexicano*, tomo III, núm. 7, en *Obras III*, p. 421.

⁵ Yáñez, 1992, p. XXXVII. De hecho, el título de *La Quijotita y su prima* se complementaba con el añadido de *La educación de las mujeres*.

⁶ Álvarez de Testa analiza *El Periquillo Samiento* y *La Quijotita y su prima* desde esta noción de *novela manual*. Ver Álvarez de Testa, 1994, pp. 178 y ss.

tener también en cuenta la reformulación que propone Lizardi del género picaresco hispánico con miras educativas, al presentarnos a personajes apicarados (Periquillo, Pomposita y Catrín) cuyo comportamiento no es el resultado de un origen ruin, sino de una educación deficiente.

Asimismo debemos considerar la influencia de una novela que es el resultado de la reelaboración del género picaresco en la Ilustración francesa. Me refiero al *Gil Blas de Santillana* (1715-1735) de Alain René Lesage (seguramente leída por Lizardi en la traducción del Padre Isla publicada en 1787-1788). Esta novela, protagonizada por un pícaro que asciende socialmente y se reforma, nos muestra en la conclusión cómo éste se ha convertido en un buen padre de familia que procura aleccionar a sus hijos para que sean hombres de provecho⁷.

Finalmente, no puedo dejar de señalar la relación que en el terreno pedagógico existe entre las obras de Lizardi y la novela educativa. Sin duda, las propuestas de «novelización» de premisas educativas pertenecientes a los principales exponentes de este género (*Las aventuras de Telémaco* de Fénelon, el *Emilio* y *La nueva Eloísa* de Rousseau) y, sobre todo, el ideario educativo expuesto en el ámbito hispánico por Montengón en el *Eusebio* y la *Eudoxia*, fueron considerados por Lizardi a la hora de componer sus textos ficcionales.

El tema de la educación en la obra de Fernández de Lizardi ha sido tratado por la crítica desde distintas perspectivas. Destacan en este sentido los pioneros trabajos de Jefferson Rea Spell⁸ en los que estudia las fuentes de influencia europeas, de las que el mexicano toma las premisas educativas expuestas en sus artículos de prensa y en su obra literaria. Para este especialista, el Pensador destaca por su amplio conocimiento del fenómeno educativo en su conjunto y en todos los registros (educación familiar, escolar y universitaria), lo cual lo pone a la altura de los grandes pedagogos del momento:

Lizardi was interested in education in all its phases. He recognized the mistakes that were being made in the rearing of infants, the flaws of the curriculum and ideals of the university, and the petty follies connected with the home life and education of women. He thought he saw in the

⁷ Para un estudio del *Periquillo* en el marco de la picaresca ilustrada y de la novela educativa ver Alba Koch, 1999, pp. 13-42.

⁸ Ver Spell, 1926a y 1926b.

parents and schoolmasters the means by which the social and political fabric of his country might be reclaimed. His observations on and criticisms of the existing educational system of Mexico reveal not only a depth of penetration into the social conditions about him, but are also indicative of an intimate acquaintance with the best educational thought of Europe⁹.

Cabe mencionar también en este ámbito la tesis doctoral *The Educational Philosophy of José Joaquín Fernández de Lizardi* de Lilian Álvarez de Testa —que luego publica como libro, traducido al español, bajo el título *Ilustración, educación e independencia. Las ideas de José Joaquín Fernández de Lizardi*¹⁰. En estos trabajos la autora realiza, en primer lugar, un recorrido por el ideario del Pensador, sobre todo en función de su vínculo con los criterios educativos españoles, y luego profundiza en el modelo pedagógico que Lizardi concibe a partir de estas influencias foráneas. Este renovado sistema de educación del pueblo, tal como señala Álvarez de Testa, tiene como objetivo primordial ser un instrumento eficaz para sentar las bases del México independiente.

La aportación más importante al estudio de esta materia realizada hasta el presente la constituyen los trabajos de Jesús Hernández García¹¹, quien revisa la obra completa del mexicano desde la disciplina pedagógica. Destaca en este sentido su extensa monografía *Fernández de Lizardi. Un educador para un pueblo*, en la que valora al mexicano como conocedor profundo de la cuestión educativa en toda su extensión: desde la enseñanza informal de los padres hasta la instrucción política de los ciudadanos, pasando por la educación de las mujeres, el didactismo reflejado en sus periódicos y folletos, la creación de iniciativas para el fomento de la lectura, la formación profesional y el aprendizaje de oficios mecánicos, y un largo etcétera.

Particularmente, en esta ocasión, me centraré en el análisis del modelo del maestro en la primera novela lizardiana, *El Periquillo Sarniento*.

⁹ Spell, 1926b, p. 272.

¹⁰ Álvarez de Testa, 1987 y 1994.

¹¹ Ver Hernández García, 1994, 1997, 2003a, 2003b, 2005 y 2006.

I. EDUCADORES VIRTUOSOS Y NEFASTOS EN *EL PERIQUILLO SARNIENTO*1.1. *Los maestros de primeras letras*

En los primeros capítulos de *El Periquillo Sarmiento* el narrador, el reformado Pedro Sarmiento, refiere sus años infantiles, momento en el que se gesta ya su descarriada vida. La finalidad del relato autobiográfico, según declara él mismo en el prólogo, consiste en guiar a sus hijos —y a todos aquellos jóvenes que se aventuren a leer sus memorias— hacia el recto vivir, al poner su propia existencia como *exemplum ex contrario*. En los años escolares del protagonista actuarán tres maestros. A través de la presentación de estas figuras Lizardi expone un estado de la cuestión de la enseñanza de primeras letras en el México colonial, critica los errores más comunes del oficio y, finalmente, ofrece un ideal de docente.

Periquillo, tras unos años funestos de regaloneo materno, ingresa a la escuela de un pobre maestro particular: pobre en haberes y también en carácter. El retrato que se ofrece de este innominado instructor coincide con el de muchos docentes improvisados que por entonces ejercían el magisterio en tierras novohispanas. Este pusilánime maestrillo carecía además de todo talento y vocación y, lo que es peor, detestaba su trabajo y odiaba a los estudiantes. De este modo se lo confiesa a unos amigos en presencia de Periquillo:

—Sólo la maldita pobreza me puede haber metido a escuelero; ya no tengo vida con tanto muchacho condenado; ¡qué traviosos que son y qué tontos! Por más que hago, no puedo ver uno aprovechado. ¡Ah, fucha en el oficio tan maldito! ¡Sobre que ser maestro de escuela es la última droga que se le puede hacer al diablo!¹²

El narrador insiste en la flaqueza de carácter del maestro, al que caracteriza como hecho de «mantequilla o de mazapán»¹³, por su poca autoridad en la clase y nulo ingenio para disciplinar a sus alumnos. En ese punto Lizardi se muestra partidario de una educación sin castigos físicos —de acuerdo con el ideario educativo propugnado por el Humanismo (Erasmus, Vives, los jesuitas, etc.)—, pero considera necesario que el maestro sepa mostrar su autoridad. Se espera,

¹² Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarmiento*, p. 117.

¹³ Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarmiento*, p. 127.

por tanto, que el docente actúe con equilibrio, que sea recto y juicioso a la hora de reprender al alumno, que no sea tirano, mas tampoco consentidor.

La otra gran falta del primer maestro de Periquillo es su poca preparación para la enseñanza de la lectoescritura. Lizardi —por boca de su ejemplar narrador— intercala a propósito una digresión en la que señala la importancia de la lectura con sentido, que vaya de acuerdo al estilo de lo que se está leyendo. Critica luego las lecturas extremadamente pausadas, las monótonas y afectadas, y también las que van a la carrerilla. De hecho, el preceptor en cuestión padecía de este mal, tanto así que sus alumnos aprendían a leer, más que de corrido, galopando¹⁴.

La caligrafía del pobre maestro era florida, de acuerdo al gusto ornamental propio del siglo ilustrado, pero lamentablemente tanto adorno le trajo sus problemas porque le dio por aderezar sus escritos con puntos, comas e interrogaciones puestos sin ton ni son, con el único fin de que se viera bonito lo que escribía. Así, por culpa de sus errores de puntuación tiene que cerrar su escuela. Un día un clérigo que visita la clase ve la inscripción que cuelga de una imagen de la Inmaculada Concepción. Allí donde debía decir:

Pues del Padre celestial
fue María la hija querida,
¿no había de ser concebida
sin pecado original?

El maestrillo había tenido a bien poner lo siguiente:

¿Pues del Padre celestial
fue María la hija querida?
No, había de ser concebida
sin pecado original¹⁵.

Esta infamia le cuesta cara. El clérigo, indignado, le dice que si no cierra la escuela, lo acusará con el maestro mayor para que le retire la licencia. El maestro, sin fuerzas siquiera para defenderse, la clausura ese mismo día. A través de este episodio de tintes satírico-burlescos,

¹⁴ Fernández de Lizardi, *El Periquillo Samiento*, p. 122.

¹⁵ Fernández de Lizardi, *El Periquillo Samiento*, p. 126.

Lizardi quiere enfatizar la importancia de enseñar las reglas ortográficas juntamente con las primeras letras. Esta cuestión fue también expuesta en documentos pedagógicos de la época en los que se aconsejaba al docente velar por la buena letra, pero también por la ortografía; así, por ejemplo, en las «Previsiones dirigidas a maestros de primeras letras» (1788) del español Juan Rubio¹⁶.

Como consecuencia de este lance «ortográfico» del maestro, el padre de Periquillo deberá buscar un sustituto. Lo encontrará esta vez en un maestro más preparado académicamente, buen pendolista y diestro aritmético, pero de genio tétrico: se dice que parecía que de su «boca se había desterrado la risa para siempre»¹⁷. Sus criterios pedagógicos se basaban simplemente en aterrorizar a los discípulos. Así rememora el Pedro adulto aquellos días con su adusto preceptor:

Era de aquellos que llevan como infalible el cruel y vulgar axioma de que *la letra con sangre entra*, y bajo este sistema era muy raro el día que no nos atormentaba. La disciplina, la palmeta, las orejas de burro y todos los instrumentos punitivos estaban en continuo movimiento sobre nosotros; y yo, que iba lleno de vicios, sufría más que ninguno de mis condiscípulos los rigores del castigo.

Lizardi se sirve de la presentación de este nuevo personaje para reprobar el rigor excesivo en la docencia, cuestión que ya había abordado con anterioridad en su «Proyecto sobre escuelas», publicado en *El Pensador Mexicano*, cuando recordaba un feroz maestro de su niñez —«un vestiglo de ojos dioclecianos»—, del cual los niños lo único que aprendían era a temblar¹⁸.

Finalmente los padres de Periquillo, por consejo de otro clérigo que denuncia los mecanismos docentes en extremo rigurosos de este preceptor, deciden cambiar a su hijo una vez más de escuela. Así, en el tercer capítulo de la novela, Fernández de Lizardi presenta el retrato de un docente de primeras letras modélico: ejemplar en su actuar, de trato exquisito con el alumnado, preparado para enseñar y aconsejar. El comportamiento del tercer instructor de Periquillo concuerda

¹⁶ Ver Hernández García, 2003a, p. 162.

¹⁷ Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*, p. 128.

¹⁸ Fernández de Lizardi, «Continúa el proyecto sobre escuelas», *El Pensador Mexicano*, tomo III, núm. 8, en *Obras III*, p. 428. Lo de *ojos dioclecianos* hace referencia a la crueldad del emperador Diocleciano, gran perseguidor de los cristianos, a los que aplicó terribles tormentos y castigos.

plenamente con las características del modelo de maestro propugnado por los tratados educativos de la época; sobre todo coincide con las ideas expuestas por Blanchard en la *Escuela de costumbres* (1782). El mismo narrador se encarga de señalar que la sala de clases de esta nueva escuela —espaciosa, aseada y decorada con buen gusto— cumplía a la perfección con los consejos dados por el autor francés en su obra acerca de la disposición del espacio de estudio.

Dos puntos destacados son la edad y la apariencia física de este nuevo pedagogo: un semi-joven de aspecto agradable. Según Lizardi, importa que el maestro sea y parezca decente, que vista con arreglo y moderación y especialmente que su gesto denote delicadeza en el trato, atributos que en efecto ostentaba este tercer docente. Este es su retrato físico, con rasgos que llevan aparejadas cualidades morales:

... su cara manifestaba la dulzura de su corazón; su boca era el depósito de una prudente sonrisa; sus ojos vivos y penetrantes inspiraban la confianza y el respeto; en una palabra, este hombre amable parece que había nacido para dirigir la juventud en sus primeros años¹⁹.

Este maestro enseña a sus alumnos a contemplar la naturaleza y a admirarse de las maravillas de la creación divina. Intenta con tacto explicarle a Periquillo que lo respete como a un padre porque él lo amará como a un hijo al que enseñará con dulzura. Como ya he comentado, este método de enseñanza, que reúne autoridad y ternura, es una constante en la pedagogía ilustrada en Europa e influye en el ideal educativo hispanoamericano.

También se preocupa este instructor por los libros que son de provecho para la formación moral y civil de los infantes. Por ello entrega al padre de Periquillo un listado de lecturas recomendadas en las que figuran compendios generales del saber (muy del gusto ilustrado) como los de Fleury y Pintón, así como otros textos en los que se aportan las directrices de una de vida modélica. Es el caso de las tres obras cuya lectura sugiere el maestro: la *Historia de los niños célebres*, antología de relatos ejemplares adaptados para niños (circulaba por entonces la traducción del original francés hecha por Miñano y las Casas, del año 1800); *Recreaciones y desahogos del hombre sensible*

¹⁹ Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarmiento*, p. 132. La importancia de la buena apariencia del maestro es también abordada en «Continúa el proyecto sobre escuelas», *El Pensador Mexicano*, tomo III, núm. 8, en *Obras III*, p. 428.

(traducida del francés en 1798) de Baculard d'Arnaud; y también *El hombre feliz, independiente del mundo y de la fortuna* (1779)²⁰ del erudito portugués Teodoro de Almeida²¹. En contraposición, el docente desaconseja que el niño tenga acceso a cualquier obra fabulosa que motive las imaginaciones disparatadas o fantásticas (como, por ejemplo, las novelas de María de Zayas, las *Guerras civiles de Granada* de Pérez de Hita o las historias de caballerías)²².

En este punto, interesa destacar el interés por ofrecer al niño un conocimiento desde los resúmenes del saber y los tratados. Coincido con Polic-Bobic en que el procedimiento de aprendizaje mediante compendios sugerido por el tercer maestro de Periquillo obedece seguramente al propio método de formación de Fernández de Lizardi. Se puede intuir que el Pensador incorporaba las novedades de la Ilustración de esta manera²³, coincidente, por cierto, con el mecanismo de formación de varios de los nuevos hombres de letras, que querían aprender mucho en poco tiempo.

1.2. Los instructores superiores

Como veíamos, Periquillo se rendirá ante la disciplina afable de su último maestro de primeras letras. Sin embargo, poco aprovechará las lecciones de vida recibidas en su tercera escuela: la falta de carácter de su padre y los torpes cuidados de su malcriadora madre lo transforman en un inútil social que necesitará echar mano de industrias

²⁰ Cuenta con varias traducciones al español, entre las que destacan las de 1788 y 1806. Posiblemente Lizardi conoció el texto de Almeida a través de una de estas dos ediciones españolas.

²¹ Para mayores datos acerca de estas obras, ver las notas de Ruiz Barrionuevo a su edición de *El Periquillo Sarniento*, p. 135 y Spell, 1971, p. 159. Lizardi reitera esta lista de libros recomendados (con algunos añadidos) en «Concluye el proyecto sobre escuelas», *El Pensador Mexicano*, tomo III, núm. 9, en *Obras III*, p. 436.

²² Para el caso de las niñas, Lizardi recomendaba otro tipo de lecturas, adecuadas a la sensibilidad del bello sexo. El tema de la instrucción femenina en la obra lizardiiana ya lo he abordado para el caso de *La Quijotita y su prima* en Insúa, 2006 y por extenso en Insúa, 2009.

²³ «Tal vez sea *compendio* la palabra clave para toda la formación y para la suma de informaciones sobre los logros de la ciencia moderna de nuestro autor. El manejo hábil de los ejemplos y consejos, aptos para situaciones concretas, hace pensar que Lizardi conocía varios tipos de compendios o diccionarios traducidos mucho mejor que las obras que mencionaba. Era un capital necesario y apto para la inversión inmediata» (Polic-Bobic, 1995, p. 96).

picarescas para subsistir. Una vez terminados los estudios elementales, la madre opina que Pedrito, dada la «sangre ilustre» que corre por sus venas, no debe aprender oficio manual y convence, a fuerza de llantinas, a su blando marido para que ponga a su hijo a estudiar para bachiller. De esta forma, el joven entra al colegio de Manuel Enríquez, un preceptor famoso en Nueva España a finales de la etapa colonial²⁴. Este profesor es valorado por la voz narradora tanto por su «buena conducta como por su genial disposición y asentada habilidad para la enseñanza de la gramática latina»²⁵. Sin embargo, se le reprocha el empleo de un método ceñido fundamentalmente a la teoría gramatical más que al manejo de la lengua latina en propiedad. Por ello Pedro Sarmiento confiesa que consiguió acabar el curso con la cabeza repleta de «reglitas, adivinanzas, frases y equivoquillos latinos», pero que no aprendió a conocer con inteligencia la latinidad. En el fondo, lo que se critica de esta práctica docente basada en el aprendizaje memorístico de reglas es que los alumnos se transforman en unos repetidores de fórmulas, lo cual los convierte más en meros habladores que en diestros latinos, según declara Ignacio Rodríguez de San José Calasanz en su *Discernimiento filosófico de ingenios para artes y ciencias* (1795), obra que cita Lizardi para apoyar este juicio²⁶.

Otro aspecto que se censura, por boca del reformado Pedro Sarmiento, es el del escaso celo que ponen algunos educadores superiores para velar por el buen comportamiento de sus discípulos, sobre todo en lo referente al trato respetuoso que deben dispensarse los jóvenes entre sí. Se aprecia aquí a un pedagogo de avanzada que se preocupa por la discriminación que sufren los alumnos más débiles frente a las burlas de los más indisciplinados. De esta manera, el narrador previene a todos los encargados del proceso educativo (desde los profesores a los funcionarios menores) para que no se muestren indiferentes ante las muchas crueldades que suelen cometerse en los recreos:

²⁴ Incluso, según declara Lizardi en un folleto de 1825, él mismo se contó entre sus alumnos: «... estudié gramática latina en la casa de mi respetable maestro y padrino, el señor don Manuel Enríquez de Ágreda, donde obtuve el primer lugar» («Respuesta de El Pensador al Defensor de El Payo del Rosario», en *Obras XIII*, p. 616).

²⁵ Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarmiento*, p. 152.

²⁶ Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarmiento*, p. 153.

... lo sensible es que los *catedráticos*, *pasantes*, *sotaministros* y demás personas de autoridad en tales comunidades se desentienden del todo de esta clase de delito [de las diabluras con que unos estudiantes afligen a otros], que lo es sin duda grave, y pasa por *muchachada*, aun cuando se quejan los agraviados, sin advertir que esta su condescendencia autoriza esta depravada corruptela y ella ayuda a acabar de formar los espíritus crueles de los estragatistas²⁷.

Tras el curso introductorio de latín, Periquillo asiste al Colegio de San Ildefonso a estudiar Filosofía, bajo la dirección del doctor Manuel Sánchez Gómez²⁸. Este profesor destaca por emplear un método ecléctico que combina la enseñanza de la lógica aristotélica con la instrucción en rudimentos de la Física moderna; proponía, por tanto, una alternativa a la costumbre tan asentada en la pedagogía superior ilustrada que se apoyaba únicamente en los esquemas filosóficos del Estagirita. Estos vientos de cambio hacia una Filosofía moderna en México se aprecian justamente en el momento en el que escribe Lizardi. El pensador novohispano más influyente a este respecto fue Benito Díaz de Gamarra con sus *Elementa recentioris Philosophiae* (1774)²⁹.

Volviendo a la novela, el intento de innovación del maestro Sánchez Gómez, y de otros de su género, es todavía demasiado tímido y por ello Periquillo se convierte inevitablemente en un experto en *ergos* y termina por graduarse como «ignorante patarato». La crítica a la exposición silogística es habitual en la época. Así censura este proceder argumentativo, por ejemplo, el jesuita Lorenzo Hervás y Panduro en la *Historia de la vida del hombre* (1789), cuando afirma que

no se puede oír sin escándalo, desprecio o risa algunas disputas en que personas eclesiásticas o religiosas vocean, manotean y patean como desesperados, sin respetar su carácter, ni el de los oyentes. El silogizar es ya lo mismo que hablar incivilmente. Mas tales disputas, reprobadas siempre

²⁷ Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*, p. 156.

²⁸ Lizardi también estudió filosofía en el Colegio de San Ildefonso, y su preceptor fue Manuel Sancristóbal Garay, según lo documenta en un folleto tardío. Algunos críticos han planteado la posibilidad de que este profesor y el de Periquillo sean la misma persona. Ver «Respuesta de El Pensador al Defensor de El Payo del Rosario», en *Obras XIII*, p. 617, n. 52.

²⁹ Ver Hernández García, 2003a, p. 271.

de toda gente bien nacida, y mucho más de la modestia cristiana, son afrenta de la civilidad, y propias para educar bárbaros³⁰.

En suma, Fernández de Lizardi sugiere en estos pasajes referidos a la enseñanza superior —al curso de bachiller en Artes— que es mejor emplear esos dos años y medio en el aprendizaje de cuestiones útiles de Lógica, de lo sustancial de la Metafísica y sobre todo de aspectos experimentales de la Física. De esta manera, está conminando a los educadores universitarios a cambiar los contenidos de las asignaturas y también a dar un giro en el aspecto pedagógico, al poner el énfasis más en la práctica que en la teoría. Solamente de este modo sería posible erradicar de las universidades «las heces de la barbarie» que impiden los progresos de la verdadera sabiduría, como expresa el mexicano valiéndose de las palabras del alemán Mencke en *Declamaciones contra la charlatanería de los eruditos* (1715)³¹. Importa, por tanto, que la educación superior —tanto en las facultades menores como en las mayores— esté cimentada en la transmisión de conocimientos que apunten al progreso de la nación y no en una simple parafernalia en la cual los jóvenes se estropeen y acaben transformándose en unos *violetos* en toda regla.

En estos episodios que recogen las peripecias de Periquillo como candidato a bachiller, y luego como estudiante de Teología, se refleja este mundillo vacío de la vida universitaria de entonces en la que los pillos triunfan y se gradúan con pompa. En este ámbito, los educadores aparecen como una parte más del mecanismo, en el que todo intento de innovación se ve opacado por el sistema ya viciado. En varios pasajes de su obra periodística, el Pensador Mexicano será aún más directo al criticar la educación superior; en 1824 llega a plantear que «la Universidad se ha hecho caballeriza real»³², haciendo alusión irónica a las permanentes disputas entre conservadores y liberales en relación con la reforma educativa. Es más, ese mismo año incluso cuestiona en su *Calendario histórico y pronóstico político* la verdadera necesidad de que existan instituciones universitarias³³.

³⁰ Citado por Hernández García, 2003a, p. 265.

³¹ Fernández de Lizardi, *El Periquillo Samiento*, p. 164.

³² Fernández de Lizardi, *Conversaciones del Payo y el Sacristán*, tomo I, núm. 1, en *Obras V*, p. 80.

³³ «¿Qué falta harán las universidades si se quitan? ¿Qué ventajas resultan a los estudiantes quitándolas? Éstas son las cuestiones importantes en este punto; pero aún

1.3. Otros guías y modelos

Periquillo, en su azaroso periplo vital, entra en relación con personajes antimodélicos que ejercen una influencia negativa en su actuar, y con otros poseedores de cualidades dignas de emular. Dentro del primer grupo se puede mencionar a sus amigos Enero y Martín Pelayo, que marcan la etapa de juventud del protagonista con sus malos consejos; ambos actúan como instructores en fechorías y engaños. Resulta curioso, en el caso de Enero, que en el mismo discurso narrativo se mencionen las «asignaturas» que Periquillo aprende con este nefasto maestro, como si se tratara de un auténtico plan de estudios de la picardía:

Con tan buenas compañías y la dirección de mi sapientísimo mentor, dentro de pocos meses salí un buen bandolonista, bailador incansable, contradancista eterno, decididor, refranero, atrevido y lépero a toda prueba.

Como mi maestro [Enero] se había propuesto civilizarme e ilustrarme en todos los ramos de la caballería de la moda, me enseñó a jugar al billar, tresillo, tuti y juegos carteados; no se olvidó de instruirme en las cábulas del bisbís, ni en los ardides para jugar albures según arte, y no así así, a la buena de Dios, ni a lo que la suerte diera, pues me decía que *el que limpio jugaba, limpio se iba a su casa*, sino siempre con su pedazo de diligencia.

Un año gasté en aprender todas estas maturrangas; pero eso sí, salí maestro capaz de poner cátedra de fullería y leperaje a lo decente³⁴.

Asimismo ejercen una influencia negativa los sucesivos amos a los que sirve Periquillo tras la muerte de sus consentidores padres: un escribano, un barbero, un boticario y un médico. Con ellos no aprenderá a desempeñar los oficios con destreza, como era de esperar, sino que se hará ducho en argucias para obtener beneficios con poco esfuerzo. Estamos por supuesto ante la censura tradicional — muchas veces con ribetes satíricos— de la venalidad de la justicia y la mala praxis de diversos oficios, de la que Quevedo fuera cultor consumado y que Lizardi retoma en esta novela y en muchos de sus

no queremos separarnos del camino que nos señalaron los antiguos» (Fernández de Lizardi, *Calendario histórico y pronóstico político*, en *Obras XII*, p. 601).

³⁴ Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*, p. 235.

artículos periodísticos³⁵. En el caso de Periquillo, las lecciones tienen resultados claramente negativos: con el escribano Chanfaina aprende que la justicia tiene precio; del boticario, a enriquecerse a costa de los incautos enfermos; y con el doctor Purgante, y en honor a su nombre, a recetar evacuativos a diestra y siniestra. Destacan también en este contexto las críticas insertas por la voz narradora a propósito de los maestros de oficios que emplean a los aprendices como lacayos y no les enseñan lo propio del trabajo, impidiendo con ello el avance de la república y el desarrollo de la industria. Tal es el caso del segundo amo de Periquillo, el barbero Rapamentas, que tenía hace años al pobre Andrés, otro aprendiz a su servicio, de recadero, sin enseñarle ni un ápice del arte de la barbería.

En el lado opuesto, nos encontramos con los personajes que influyen positivamente en el protagonista y que hacen posible que se produzca ese giro vital que lo convierte en el Pedro Sarmiento-hombre ejemplar que redacta sus memorias. Destaca en este sentido don Antonio, compañero de prisión de Periquillo, quien le da sabios consejos estando en la cárcel y que luego sigue actuando como guía cuando se convierte en su suegro.

También ejerce una influencia beneficiosa el coronel del navío en el que viaja Periquillo a Manila, condenado a servicio del rey por unas operaciones fraudulentas. Este coronel actuará como un mentor: con él conseguirá medrar de modo positivo (hereda de él un pequeño capital al morir) y, al mismo tiempo, en su compañía vivirá una feliz etapa de ocho años en la que se suspende su conducta apicarada, al verse guiado por el buen ejemplo de su protector.

Otro personaje presentado como modélico, que asume el rol de maestro ante Periquillo, es Limahotón, el hermano del *tután* de la isla de Saucheofú, a la que es conducido el personaje tras el naufragio que sufre su nave al partir de Filipinas rumbo a México³⁶. Durante la permanencia del protagonista en esta isla, ambos mantendrán conversaciones acerca de la organización de sus respectivos lugares de origen. En este sentido, la novela de Lizardi se emparenta con relatos epistolares de la Ilustración —como las *Cartas persas* de Montesquieu

³⁵ Para un acercamiento a la sátira social en el periodismo mexicano ver Insúa, 2010. Para un repertorio de la sátira de oficios en Quevedo, ver Arellano, 2003, pp. 79-98.

³⁶ Para un análisis de la aventura de Periquillo en Saucheofú, ver Knowlton, 1963; Joset, 1986; Sainz de Medrano, 1987 y 1989; e Insúa, 2008, pp. 124-127.

(1721) o las *Cartas marruecas* (1789) de Cadalso— que presentan su crítica de la sociedad mediante la utilización del recurso del diálogo entre un occidental y un oriental. Limahotón asume la función de instructor de su huésped en nociones de civilidad. En contraposición, Periquillo, como parásito del sistema educativo novohispano, encarna el desorden social: la rebeldía que impide conducir una nación hacia el progreso.

Limahotón le explica al mexicano que la organización de Sauchefú se basa en la jerarquía, pero ésta no se fundamenta, como en Nueva España, en el origen noble o plebeyo de sus habitantes, sino en la capacidad y el esfuerzo para el trabajo que demuestren. De esta manera, a poco de arribar Periquillo a la isla, el *tután* le pregunta qué oficio va a desempeñar allí y el pícaro le responde que ninguno, porque es noble. Esta oposición entre la «ética del trabajo» que sirve de premisa en la isla y la ociosidad que ostenta el protagonista sirve a Lizardi para exponer su teoría de una sociedad modélica fundada en la utilidad de todos sus miembros. Este aspecto, en otro orden de cosas, se relaciona con las muchas ordenanzas que por esos años se estaban decretando en la Colonia orientadas al control de la ociosidad de los sectores populares³⁷.

Otra de las máximas que rigen la isla oriental es la disciplina. Las leyes en Sauchefú son pocas y claras, y están grabadas en piedras en las calles para que todos los ciudadanos puedan conocerlas. Por ello, no se precisa de los abogados como intermediarios. Limahotón explica también a Periquillo que los ciudadanos que se salen de la norma son castigados ejemplarmente, incluso con la mutilación, para que otros, por miedo a la pena, no cometan los mismos delitos. De este modo, Lizardi hace posible que en este territorio inventado sean conciliables el orden y la libertad, dos factores que, como expresará el Pensador en varios de sus artículos periodísticos, serían imprescindibles para construir la nueva nación mexicana.

Como hemos visto, las autoridades de la isla le dejan claro al forastero que debe trabajar si quiere vivir allí, y éste entiende desde el comienzo que esa era «una tierra que no consentía inútiles ni vagos Periquillos». No obstante, el pícaro busca un ardid para no ejercer ningún oficio. Se finge Conde de la Ruidera, y les dice a los isleños que los nobles no trabajan en la tierra de la que él viene, argumen-

³⁷ Ver Alba-Koch, 1999, p. 159.

tando que, como pretende embarcarse en el próximo navío que salga para América, no necesita aprender a hacerlo. De este modo, Periquillo se rebela frente a un sistema que parecía no dar cabida a este tipo de comportamientos ociosos. En este caso, la «pedagogía del miedo» que imperaba en la isla utópica no amedrenta al personaje. Una vez más, un «maestro» bien intencionado fracasa ante el pícaro discípulo.

Finalmente, es la experiencia la que entrega al protagonista la lección más convincente y la que provoca su conversión hacia el bien. Periquillo parte de la isla con Limahotón, que ha decidido acompañarle, y ambos arriban a Nueva España, donde el pícaro intentará enriquecerse gracias a la bondad del chino. Sin embargo, la buena fortuna le dura poco, puesto que su amigo descubre sus mentiras y lo despide. Ante esta nueva caída, Periquillo decide ahorcarse, pero justo cuando iba a hacerlo es socorrido por una india. Esta es la primera señal que indica a Periquillo que ha de tomar un nuevo cauce en su vida. A continuación se encuentra con unos ladrones de caminos a los que se une. No obstante, permanece con ellos poco tiempo, ya que un día, al ver ahorcado en un árbol a Januario, su maestro de astucias durante la infancia, decide cambiar por completo de conducta. Se confiesa, consigue encontrar un trabajo honrado como administrador de un mesón en San Agustín de las Cuevas y contrae matrimonio con una mujer virtuosa.

Como se puede apreciar, Periquillo ha tenido una educación deficiente desde la cuna, pero toma conciencia en su madurez de que las constantes caídas de fortuna que ha sufrido se han debido a su ineptitud para el trabajo honrado; y, además, entiende que, si no quiere tener el mismo fin que otros parásitos sociales, debe guiar su vida por otros derroteros diferentes. Por ello, como propone Vogeley, el *Periquillo* puede ser leído como una novela de formación en la que se valora el papel de la propia experiencia en el proceso de formación del individuo³⁸.

Periquillo ha dejado de ser un *lépero* inútil para la sociedad para convertirse en modelo de trabajador, de esposo y, sobre todo, en un ejemplar padre-maestro que enseña virtud a sus hijos reconociendo los errores cometidos en el pasado. Por ello, se podría plantear que sus memorias —cuyo efecto perlocutivo consiste en provocar una

³⁸ Ver Vogeley, 2001, p. 139.

transformación en los receptores a partir de la exposición de un contramodelo de conducta— pueden ser leídas como un eficaz manual educativo. Pedro Sarmiento es también un pedagogo que sabe encontrar el medio más adecuado para conseguir su objetivo: hacer de sus vástagos hombres de bien. La misma finalidad que persigue el Lizardi educador con los potenciales lectores de la novela. Cabe señalar, por último, que la estructuración del discurso novelístico, salpicado de digresiones, ejemplos prácticos, citas de libros provechosos, listados de consejos..., y lo mismo la inclusión de ilustraciones³⁹, refuerza la función didáctica de *El Periquillo Sarmiento*. Por ello, tal como propone Larrea, es posible calificar a esta obra en su conjunto como un «relato ejemplar»⁴⁰.

Como hemos podido apreciar en el análisis del modelo del maestro y de los recursos educativos reflejados en *El Periquillo Sarmiento*, José Joaquín Fernández de Lizardi, además de hombre de letras de acción fue un pedagogo nato. Toda su producción literaria y periodística se aúna en torno a ese objetivo tan presente en la filosofía de los ilustrados: el de iluminar al pueblo a través de la comunicación de saberes pero especialmente mediante la mostración de formas de comportamiento positivas que pudieran conducir al feliz desenvolvimiento de la nación. Así, el Pensador Mexicano, además de artífice de la pluma, puede considerarse un maestro del pueblo que bregó por guiar a sus paisanos hacia la luz del conocimiento y del bien hacer.

BIBLIOGRAFÍA

- Alba-Koch, B. de, *Ilustrando la Nueva España: Texto e imagen en «El Periquillo Sarmiento» de Fernández de Lizardi*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1999.
- Álvarez de Testa, L., *The Educational Philosophy of José Joaquín Fernández de Lizardi*, Ann Arbor (Michigan), UMI, 1987.
- *Ilustración, educación e independencia. Las ideas de José Joaquín Fernández de Lizardi*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.
- Arellano, I., *Poesía satírico-burlesca de Quevedo*, Pamplona/Madrid/Frankfurt am Main, Universidad de Navarra/Iberoamericana/Vervuert, 2003.

³⁹ La relación entre texto e imagen en *El Periquillo Sarmiento* ha sido estudiada en detalle por Alba-Koch, 1999.

⁴⁰ Ver Larrea, 1983.

- Fernández de Lizardi, J. J., *El Periquillo Sarniento*, ed. C. Ruiz Barrionuevo, Madrid, Cátedra, 1997.
- *Obras II. Teatro*, ed. J. Chencinsky y pról. U. Vargas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965.
- *Obras III. Periódicos. El Pensador Mexicano*, ed. M. R. Palazón y J. Chencinsky, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968.
- *Obras V. Periódicos. El Amigo de la Paz y de la Patria, El Payaso de los Periódicos, El Hermano del Perico que cantaba la Victoria, Conversaciones del Payo y el Sacristán*, ed. M. R. Palazón, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973.
- *Obras XII. Folletos (1822-1824)*, ed. I. Fernández y M. R. Palazón, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- *Obras XIII. Folletos (1824-1827)*, ed. M. R. Palazón e I. Fernández, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- Hernández García, J., «La educación en *El Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi», *Aula Abierta*, 64, 1994, pp. 71-106.
- «El talante educador de Fernández de Lizardi: el fin didáctico de su obra», *Aula Abierta*, 70, 1997, pp. 147-164.
- *Fernández de Lizardi. Un educador para un pueblo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Pedagógica Nacional, 2003a, 2 vols.
- «La educación familiar en la obra de un ilustrado, Fernández de Lizardi», *Aula Abierta*, 81, 2003b, pp. 21-56.
- «Fernández de Lizardi: educación y trabajo en la sociedad ilustrada», *Bordón. Revista de Pedagogía*, 57.3, 2005, pp. 315-336.
- «Ilustración y educación en la primera infancia. Un ejemplo: Fernández de Lizardi», *Revista de Educación*, 341, 2006, pp. 495-515.
- Insúa, M., «*La Quijotita y su prima* de Fernández de Lizardi: quijotismo y educación de mujeres», en *El «Quijote» en Buenos Aires. Lecturas cervantinas en el cuarto centenario*, ed. A. Parodi, J. D'Onofrio y J. Diego Vila, Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso», Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires/Asociación de Cervantistas, 2006, pp. 703-708.
- «Aventura y rebeldía en *El Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi», en *Rebeldes y aventureros del Viejo al Nuevo Mundo*, ed. H. Cortés, E. Godoy y M. Insúa, Pamplona/Madrid/Frankfurt am Main, Universidad de Navarra/Iberoamericana/Vervuert, 2008, pp. 115-131.
- *La mujer casada en la Nueva España de la Ilustración: la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi*, Gijón, Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias, 2009.
- «Periodismo y sociedad en la Nueva España de la Ilustración: José Joaquín Fernández de Lizardi», en *Textos sin fronteras. Estudios sobre Literatura*

- y *sociedad*, ed. T. Ba, Á. Baráibar, R. Fine y C. Mata, Pamplona, Eunsa, 2010, pp. 151-163.
- Larrea, M. I., «*El Periquillo Sarniento*: un relato ejemplar», *Estudios filológicos*, 18, 1983, pp. 59-76.
- Polic Bobic, M., «Lizardi y la ilustración: un coqueteo», *Estudia Romanica et Anglica Zagrabienisa*, 40, 1995, pp. 79-104.
- Spell, J. R., «Fernández de Lizardi: the Mexican Feijoo», *Romanic Review*, 17.4, 1926a, pp. 338-348.
- «The Educational Views of Fernández de Lizardi», *Hispania*, 9.5, 1926b, pp. 259-274.
- «José Joaquín Fernández de Lizardi», en *Bridging The Gap. Articles on Mexican Literature*, México, Libros de México, 1971, pp. 97-292.
- Vogeley, N., *Lizardi and the Birth of the Novel in Spanish America*, Gainesville (Florida), University Press of Florida, 2001.
- Yáñez, A., Estudio preliminar a José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Pensador Mexicano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, pp. V-LI.